

De las relaciones internacionales a las globales. El giro latinoamericano*

*Miguel Ángel Herrera Zgaib***

[...] formar de todo el mundo nuevo una sola nación... tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible [...]

Bolívar (1815).

*Un punto de partida y un quiebre
“Los llamados ‘centros de poder’ no se resignan a haber perdido el control de esa rica región, ni renunciarán a los intentos de cambiar el curso de la historia en nuestros países para recuperar la influencia perdida y beneficiarse de sus recursos”. Raúl Castro, presidente de Cuba, a la clausura de la II Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños*

Celac (2014).

* Ponencia elaborada en el marco del Tercer Congreso de la Red Colombiana de Relaciones Internacionales. Febrero 27 y 28 de 2014. Universidad EAFIT. Medellín, Colombia.

** Doctorando en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales Ciencia Política/Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Director del Grupo Presidencialismo y Participación. Codirector del proyecto "Seminario internacional Antonio Gramsci en la región andino-amazónica". Y animador del proyecto plurinacional "Historia política y social de los grupos y clases subalternas, 1780-20014", sección suramericana. Correos electrónicos: maherreraz@unal.edu.co, presid.y.partic@gmail.com

El 28 de enero de 2014 se inauguró en La Habana la II Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), con la notoria ausencia de los dos gigantes del norte del continente, Estados Unidos y Canadá, y la presencia de buena voluntad de José Miguel Insulza, secretario de la Organización de los Estados Americanos (OEA), y Ban Ki-moon, secretario general de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Esta es una realidad que marca un giro inocultable en el entendimiento y la praxis de la política internacional que nos es coetánea.

Ello nos fuerza a asumir un cambio de paradigma. A poner en situación, para su comprensión conceptual y analítica, una forma aplicada del que llamamos pensamiento de ruptura en las reflexiones internas del Grupo Presidencialismo y Participación; porque en efecto, se ha producido una ruptura, un giro de 180 grados en la política regional dentro del orden imperial global.

El escenario frustrado del Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, tiene ahora su nuevo Corinto, pero trasladado al que la revolución cubana, al proclamarse con el coro de los barbudos de la Sierra Maestra, denominó el primer territorio libre de América.

El nuevo sitio de emplazamiento será el megapuerto de El Mariel, que algunos ya se anticipan a llamar “la llave del Golfo de México”, hermanando el territorio de las dos más grandes y significativas revoluciones de América Latina, la mexicana de 1910 y la cubana de 1959. Es un alumbramiento que acompañan los 33 países de la Celac, con una población cercana a los 600 millones de habitantes y con un producto interno bruto (PIB) de seis billones de dólares. Un proyecto que cuenta con el respaldo de Brasil, y la presencia en el punto de partida de 138 posibles inversionistas.

Por lo demás, de El Mariel, conviene recordarlo, partió la gran diáspora de cubanos autorizada por Fidel Castro, que prefirieron tomar el camino del éxodo rumbo a la “tierra prometida” de la Florida, 90 millas a la vista; donde, entre otros, se consumió la vida de un intelectual rebelde, Reinaldo Arenas, quien cambió su apellido por “Arinas” para poder salir entonces¹. Asfixiado como estaba por los constreñimientos a su libertad, y a su identidad sexual, padecidos hasta el cansancio en el encierro cubano de aquellos años dolorosos, y quien falleciera en Nueva York aquejado de sida.

En concreto, trataremos en lo fundamental, de dar cuenta de la emergencia efectiva de un nuevo sujeto en las relaciones globales y las tensiones que se producen entre la multiplicidad de bloques estratégicos constituidos y los que están en trance de serlo. En particular, la referencia es a una nueva pluralidad, que viene incubándose desde 1826, y

1 Reinaldo Arenas es autor de *Celestino antes del alba* y del relato autobiográfico *Antes que anochezca*, del cual hay también una notable versión cinematográfica del cineasta norteamericano Julian Schnabel, director galardonado en Cannes (2007) por su película *La escafandra y la mariposa*, centrada en la vida real de Jean Dominique Bauby. El propio Schnabel representa la corriente neoexpresionista del llamado arte malo, y a propósito de lo cual hizo la película *Basquiat*, que rastrea la vida de este singular artista.

ahora en función contrahegemónica, la Celac, antagonista del nuevo orden de la soberanía imperial².

Según lo anterior, los antecedentes más lejanos de ese sujeto contrahegemónico emergente se remontan al siglo XIX; y en especial, tienen que ver, primero, con la reflexión visionaria del general venezolano Francisco de Miranda, veterano participante en las guerras napoleónicas, en la defensa de Rusia, que a la postre, fue la sepultura del gran proyecto imperialista que abrió Napoleón en nombre de la libertad el siglo XIX a la hegemonía burguesa que casi se completa durante el corriente siglo XXI.

Tal periplo intelectual y político inicial lo continuó su crítico y genial discípulo, Simón Bolívar, un estratega militar y político que en el teatro de la guerra anticolonial contra España, después de una experiencia de aplastante derrota, consiguió la victoria definitiva contra España en Ayacucho (1824), para darle existencia al proyecto de la Gran Colombia, de brevísima duración, consumido por el autoritarismo y las divisiones internas³.

Simón Bolívar en el duro trasegar como exiliado político, concibió el pensamiento y la acción que lo convirtieron en uno de los abanderados, primero, de la causa de la independencia americana con la construcción de la Gran Colombia; y luego, del ensayo de un congreso anfictiónico continental, con centro de reunión en ciudad de Panamá. La convocatoria la hizo el general vencedor desde Lima, el 7 de diciembre de 1824, y el congreso se celebró en la capital de Panamá durante el 22 de junio y el 15 de julio de 1826.

Después de la reconquista de América meridional, comandada por Pablo Morillo, era esta una idea fuerza que Bolívar había pergeñado en la *Carta de Jamaica* (1815), cuando buscaba ayuda y solidaridad internacional en la nueva República de negros en Haití como en las colonias de Inglaterra, y simpatías entre los demócratas de la vecina Estados Unidos, interesados en batir y derrotar a España en tierras americanas.

A fin de cuentas, fueron convocados a ciudad de Panamá en 1826, en medio de intrigas y bloqueos, animados principalmente por Estados Unidos (portaestandarte de la iniciativa del presidente Monroe), la Gran Colombia, Perú, México, Las Provincias Unidas de Centroamérica, Argentina, Chile y Bolivia, con la notoria ausencia de Brasil.

2 Tal orden mundial lo caracterizan Antonio Negri y Michael Hardt en el volumen inicial *Imperio*, de la trilogía que cierra con la publicación de *Commonwealth* (2009). Allí, la primera parte, “La constitución política del presente”, comienza con una reflexión sobre el orden mundial. Los autores dicen, que: “El nuevo paradigma funciona actualmente en términos por completo positivos, y no podría serlo de otro modo [...]. El nuevo paradigma es a la vez sistema y jerarquía, construcción centralizada de normas y producción de legitimidad de gran alcance, extendida a todo el espacio mundial. Esta se configuró *ab initio* como una estructura sistémica dinámica y flexible que estaba articulada horizontalmente”. Véase *Empire*, p. 13.

3 El estudioso venezolano Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), sociólogo e historiador, llamó a esta experiencia heroica, una muestra de cesarismo democrático, en la que se consumió la vida de su principal líder, Simón Bolívar.

La praxis de la subalternidad: ruptura entre la modernidad y la posmodernidad

*Qué bello sería que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que
el de Corinto para los griegos*

Bolívar (1815).

*Llueva, truene o relampaguee será una cumbre de unión, amor y paz...
en nombre de Chávez, Bolívar y Martí*

Maduro (2014).

Ahora, con centro en el asunto de la configuración histórica, avancemos en la genealogía y el modo de operar de esta subalternidad singular, específica, que toma cuerpo final y orientación determinada entre los años 2011 y 2014.

El documento que trabajamos estudia lo que viene ocurriendo con la Celac y Colombia, en el tránsito efectivo del subcontinente americano a convertirse en partícipe y nuevo actor de las relaciones globales, con voz y agenda renovadora dictada por su propia presencia. Así, los nuevos representantes latinoamericanos, de rango y jerarquía diversa, integrados al proyecto de la Celac, adquieren perfiles más claros de sujeto contrahegemónico, en las deliberaciones de su II Cumbre. Colombia, como asociada a tal pluralidad política, pone en la agenda colectiva de 82 puntos, el asunto de la paz; cuya suerte se definirá, en primera instancia, en las negociaciones de La Habana.

Para examinar este proceso y otros en la actualidad, la mesa propuesta por los integrantes del Grupo Presidencialismo y Participación, dinamizó un campo de estudios y experimentación inter y transdisciplinar, en torno a los grupos y clases subalternas como actores internacionales y globales. Esta indagación intelectual y académica, proyecta el legado y la presencia moral de Antonio Gramsci, por una parte; y la trayectoria del pensador colombiano Estanislao Zuleta, por otra, que mueve con firmeza a la intelectualidad colombiana en el escenario de una modernidad aplazada con sangre y reacción política.

Los dos son pivotes no excluyentes del compromiso de búsqueda e invención de la verdad del orden global, a través de la fuente y el desafío del pensamiento de ruptura, que tiene el extraordinario antecedente de la revolución rusa y el quehacer de Vladímir Ilich Lenin y el partido bolchevique, en el curso de la revolución que se desencadenó en febrero de 1905, y el desenlace de este proceso entre febrero y octubre/noviembre de 1917. Para lo cual retomamos lo escrito recientemente por Slavoj Žižek para darle contexto a una selección de textos, *Revolution at the gates: the 1917 writings*⁴.

4 Este libro también se titula *Žižek on Lenin*, porque a Žižek se debe la edición, y porque allí el esloveno incluye dos textos, la introducción y el cierre. Es una publicación hecha por Verso en el año 2002.

En la introducción a la anterior selección de textos de coyuntura escritos por Lenin, en pleno desenlace de la revolución en Rusia, Žižek (2010: 10) afirma: “Lenin no es un voluntarista ‘subjetivista’ –en lo que él insiste es en que la excepción (el extraordinario conjunto de circunstancias, como aquellas en Rusia en 1917) ofrece una vía para socavar la norma misma–”. Žižek (2002: 11) prosigue en su “regreso” a Lenin, así:

Lo que Lenin hizo para 1914, nosotros tenemos que hacerlo para 1990. Lenin soporta el incontestable llamado de suspender la parálisis existente en las coordenadas ideológicas, la debilitante prohibición de pensar (*denkverbot*) en la cual vivimos, esto simplemente significa que nos es permitido pensar de nuevo.

Suscribimos la tarea crítica permanente de la razón política, esto es, la búsqueda de la política de lo extraordinario, con el pensamiento de ruptura en la vena de sacar consecuencias de lo dicho por Michel Foucault en *Omnes et singulatim*. Para una crítica de la razón política. Explorar los puntos de ruptura que abren las arterias de la posmodernidad, para que fluyan las multitudes portadoras de los antagonismos del capital globalizado.

No hay una pretensión de neutralidad, que no renuncia tampoco a la tarea de transformación de la realidad y el pensamiento, implicada en la búsqueda de la verdad situacional presente. Conviene citar una vez más, el cierre de la introducción al Lenin de 1917, escrita por Žižek, que dice: “Si alguna vez una pluma fue un arma, esta fue la pluma con la que Lenin escribió los textos de 1917” (2002: 12).

La anterior es una posición epistemológica y a la vez una atalaya política que tiene como precedente ético y cognoscitivo la crítica materialista de Karl Marx al filósofo Ludwig Feuerbach, recuperando el imperativo de revolución epistémica que establece un “basta” a las interpretaciones del mundo, para reclamar, en su lugar, la transformación del mismo.

Por lo ya expresado, la filosofía de la praxis –mediante la cual Antonio Gramsci renovó el saber de Marx, ampliando sus alcances y potenciando su rigor analítico en lo que aquel no dudó en llamar ciencia política– se incorporó aquí para cumplir la tarea de desarrollar e implementar la perspectiva de los grupos y clases subalternas, protagónicas de las condiciones que hacen posible una modalidad del pensamiento de ruptura.

Un gran viraje en la lucha entre democracia y guerra

No quiero que se tenga por presuntuoso que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque así como aquellos que dibujan un paisaje se sitúan en el llano para apreciar mejor los montes y los lugares elevados, mientras que para apreciar mejor el llano deben escalar los montes; del mismo modo, para conocer suficientemente la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer la naturaleza de los príncipes hay que pertenecer al pueblo

Maquiavelo (2005: 24).

La anterior posición, la praxis subalterna que arranca con la existencia de la Celac, no es neutral en su lucha de liberación; en cambio, sí se esfuerza con todos los medios posibles por aprehender del orden global capitalista e imperial. Para ello se vale de la novedad actual de la presencia plebeya en el orden global, con la radical inserción de la Celac en el mundo hegemonizado por los dictados del capital. En procura de “la verdad efectiva de la cosa”⁵, el pensamiento de ruptura se enfrenta con uno de los mayores desafíos, acompañar la presencia revolucionaria de las multitudes⁶.

En consecuencia, el orden jerárquico imperial es mirado desde la llanura, la perspectiva de los subalternos, quienes emergen como un poder continental en la lucha democrática glocal; se procuran la autonomía que los descubre como oprimidos y desatan una revolución democrática. Sin embargo, los subalternos que se hacen de modo directo, o indirecto con el gobierno de sus países, enfrentan los problemas de la hegemonía y la autonomía que hacen época en el tránsito del segundo al tercer milenio. En particular, el eje de esta discusión lo expresa bien claro García, actual vicepresidente de Bolivia:

[...] pueden sumarse campesinos, regantes, estudiantes, obreros sindicalizados, desocupados, intelectuales, individuos sueltos, y la hegemonía se mueve alrededor de temas, de circunstancias, movilizaciones temáticas, autonomía de cada organización en función de sus repertorios, estructuras y maneras de cumplimiento; subsiste, sin embargo, una voluntad de acción conjunta en torno a un tema y a liderazgos móviles y temporales (2009: 17).

Los subalternos organizados en el orden político estatal no acuden, para sentar sus reales, en la arena mundial, a una declaratoria de guerra con el uso de armas de destrucción convencional o masiva, y menos valiéndose de la amenaza del chantaje nuclear. Tampoco aparecen con la exigencia de acrecentar el club de potencias atómicas, quienes toman asiento prevalente en el Consejo de Seguridad de la ONU.

Pero eso sí, en su inmediato devenir, la Celac sí apunta a la liberación de las multitudes de la relación capitalista, y a la cerrada defensa de la paz, más allá del “puro” horizonte de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario. Desde su nacimiento despliega, aunque no la llamen así los documentos oficiales suscritos en sus

5 En el capítulo XV del libro de Nicolás Maquiavelo, *De Principatibus*, el autor hace la siguiente argumentación a Lorenzo de Médicis, a quien interpela a través de su libro: “Pero siendo mi propósito escribir algo útil para quien la entienda, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que valerme de la imaginación [...]” (Maquiavelo, 2005: 82).

6 En una recopilación de escritos el matemático y sociólogo boliviano, Álvaro García Linera, habla de la potencia plebeya. Aquí se registra su paso de la forma comunidad a la forma multitud, en discusión con Negri y Hardt, porque para estos no hay una hegemonía única al interior de la multitud, de la sociedad abigarrada que teorizara otro boliviano, René Zavaleta, activo en los tiempos de la revolución del medio siglo pasado.

dos cumbres, una guerra de posiciones democráticas⁷, en el complejo entramado de sus antagonismos y contradicciones, en campos de batalla política diseminados a lo largo y ancho de todos los continentes y, por supuesto, en el territorio de los 33 países que la conforman hasta hoy.

Este bloque de Estados-nación, la Celac, se creó en el marco de la III Cumbre de América Latina y el Caribe sobre Integración y Desarrollo (CALC), y de la XXII Cumbre del Grupo de Río de Janeiro, realizada entre el 2 y 3 de diciembre de 2011.

El nacimiento de la organización contó con la firma de los jefes de Estado y de Gobierno –y con el patrocinio del presidente Hugo Chávez Frías–, que se plasmó en la Declaración de Caracas, y ahí mismo se definió la organización como un “mecanismo de concertación política, cooperación e integración de los Estados, y como espacio común de unidad e integración”.

La primera cumbre tuvo por sede a Santiago de Chile, siendo presidente Sebastián Piñera, durante el 27 y 28 de enero de 2013, y cuenta desde entonces con el apoyo de otra institución, el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (Sela)⁸, con el que se nutre en lo económico la consolidación del nuevo bloque contrahegemónico, que tiene la inspiración intelectual de Bolívar, Martí y el compromiso en vida del mandatario de la primera República Bolivariana, Hugo Chávez.

La segunda cumbre se realizó en La Habana el 28 y 29 de enero del 2014 con los objetivos primordiales de combatir el hambre y la pobreza de más de 50 millones de personas, para lo cual se propende por la unión económica y financiera de América Latina y el Caribe, separándose de la dependencia, por años, del bloque norteamericano constituido por Estados Unidos y su socio principal, Canadá.

Desde el profundo Sur, lo común se proyecta

La celebración de esta II cumbre en La Habana es una victoria diplomática para Cuba, y una revancha histórica

Ignacio Ramonet.

7 Este concepto de guerra de posiciones es una elaboración estratégica debida a la reflexión de Antonio Gramsci durante su tiempo de encarcelamiento. Es una propuesta que gesta cuando la revolución mundial es derrotada con la excepción de Rusia, para luchar por la hegemonía en un hacer contrahegemónico que busca disgregar el bloque de poder en la confrontación democrática al interior de la sociedad civil.

8 El Sela tiene la secretaría permanente en Caracas. Al frente está Roberto Guarnieri hasta 2017, para apoyar el proceso Celac, en particular, impulsar el desarrollo productivo e industrial de los 28 Estados miembros.

Ahora bien, nuestra lectura de lo nuevo es desde los territorios del Sur, en rebeldía y resistencias, cinco veces centenaria, cuando menos. Esta explicación incorpora la veta abierta por el movimiento de la decolonialidad que posibilita la deconstrucción de los discursos de la colonialidad conocidos, porque ella contribuye a desentrañar la otra modernidad, que habita el mundo desde el tiempo mismo de la conquista europea de la que “bautizaron” con sangre, como América, en homenaje de uno de sus primeros cartógrafos, Amerigo Vespucci.

Pero, ante todo, el horizonte de la II Cumbre permite inventariar y potenciar la experiencia de los cerca de doscientos años de vida independiente del subcontinente. Desde un doble prisma que facilita entender y explicar el verdadero alcance de la actual situación coyuntural regional que tuvo por escenario a La Habana. Inspirado este acercamiento, en parte, por la activa presencia a contracorriente de Fidel Castro, quien simboliza al conversar con Ban Ki-moon, el encuentro de dos continentes, de dos países que padecieron el brutal colonialismo, japonés y español, hace poco más de un siglo.

Examinamos en seguida dos tipos de hechos relevantes desde el profundo Sur en rebeldía creativa. Por un lado tenemos la II Cumbre de la Celac, qué duda cabe, un acontecimiento geoestratégico y económico de envergadura. Y por otro, las negociaciones de paz que adelanta Colombia en La Habana. De nuevo se intenta con realismo, después de medio siglo de guerra social larvada, la posibilidad de que finalice uno de los pocos conflictos armados que persisten en Occidente, después de la culminación de la Segunda Guerra Mundial.

Esta doble situación que está inscrita en un tránsito epocal, afecta y afectará, se sostiene aquí, las anteriores relaciones entre continentes, regiones, países, y en particular, las poblaciones y multitudes, que casi nunca son protagonistas sino por la interpuesta persona de sus gobernantes y líderes. Estos viven cada vez con mayor intensidad la crisis de representación política, un cuadro que abre expectativas para los miles de millones de pobres y trabajadores del mundo.

Estos están llamados a protagonizar e inventar otro rumbo que sea capaz de resolver la crisis orgánica que sacude el capitalismo global y localmente. El movimiento de la decolonialidad deja atrás la discriminación discursiva y ética que consignara Hegel en sus *Lecciones sobre la historia universal*.

La novedad que aquí se anota tiene que ver con que la hora de América Latina y el Caribe arriba a una situación de “vacas flacas”. Porque delante de nuestros ojos ocurre una severa recesión que con visos de depresión capitalista amaina, por instantes, en los Estados Unidos, mientras se extiende como moneda corriente a todos los continentes.

Con estos parámetros prospera también un segundo componente, la construcción de una paz sin precedentes en Colombia, con protagonismo de los subalternos, a un siglo de

la paz de Neerlandia⁹. En medio de una dura campaña militar con la que el Gobierno del presidente Santos no desiste de la idea de aplastar militarmente a la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP), que prolonga el rumbo de la seguridad sin el comando directo del expresidente Álvaro Uribe Vélez.

La guerrilla subversiva de los subalternos insiste, sin embargo, en que no se levantará de la mesa hasta que no se haya firmado la paz, por lo que reclama el instrumento de una constituyente donde toda la población, y la ciudadanía en especial, tenga un papel protagónico que por lo pronto le está vedado hasta el tiempo de la refrendación.

Un tiempo de definiciones, 2014

Veo, más bien, que el gran perdedor, del que nunca se habla en este país, es el consumidor, porque con esto, todo le va a costar más debido a que todo lo que llega importado es más costoso para él. Esa es la otra realidad

Munir (2014: 3).

Con todo, el orden glocal presenta al inicio del 2014 la aparente recuperación que jalona los Estados Unidos. Valiéndose de la hegemonía del dólar, que existe desde el fin de la Segunda Guerra Mundial¹⁰, y al que las operaciones decoloniales aún no golpean en ruta de la hegemonía de la forma mercancía. Repunta, igualmente, Japón, pero en cambio Europa no recupera el paso. Estos eran los tres socios, cuyos voceros con Huntington a la cabeza pegaban el grito en el cielo buscando detener la tercera ola democrática, antes de que alcanzara las proporciones de un tsunami.

9 Los tratados de paz de Neerlandia se celebraron en la Hacienda del mismo nombre, el 24 de octubre de 1902. Pero el tratado definitivo de manera deshonrosa se firmó a bordo del acorazado Wisconsin, el 21 de noviembre de 1902. Era el tiempo del “gran garrote” del presidente Theodore Roosevelt, en guardia para apoderarse del Canal de Panamá a perpetuidad, un designio que frustró la administración de Omar Torrijos.

10 A pesar de lo acordado en Bretton Woods el 22 de julio de 1944, este intento de instaurar un orden económico internacional dejó de existir como resultado de la guerra imperialista contra Vietnam, que obligó al presidente Nixon a ponerle fin a la convertibilidad del dólar. Después se decretó el libre flujo del capital financiero, que ocurrió primero en Gran Bretaña, y puso como cabeza de esta reforma a la Ciudad de Londres, el cual impera desde los años setenta del siglo pasado.

Los acuerdos para el libre cambio regido por el dólar fueron el resultado de la conferencia financiera y monetaria realizada en el hotel Mount Washington, en Nuevo Hampshire, Estados Unidos. La conferencia tuvo una nutrida representación de América Latina. Los cerebros económicos de aquel diseño institucional fueron J. M. Keynes y Harry D. White. Dicho proyecto empezó con la llamada Carta del Atlántico (1941), bajo el comando del presidente Franklin D. Roosevelt.

Después de cuarenta años la China del socialismo a la Deng trastabilla. Allí, un fondo de 50.000 millones de dólares tuvo que ser rescatado, pero se asemeja a lo que paso con Lehman Brothers, un banco de inversión de Estados Unidos, cuya quiebra abrió la crisis global del año 2008. El efecto inmediato, pronostican, es que la economía china crecerá menos que en el año anterior. Ya no volverá a ocurrir que el PIB se eleve al diez por ciento, lo cual sucedió hasta el año 2007.

Otro tanto le sobreviene al gigante emergente que es la India, guiada en lo fundamental por el Partido del Congreso, cuyo dominio se hace año tras año más frágil. Este es el binomio principal de las resfriadas economías emergentes cuya trilogía completa el Brasil, donde la bolsa perdió 7,5 por ciento en el mes de enero de 2014, y donde las protestas ciudadanas van en alza, no las contuvo, ni siquiera, el mundial de fútbol. El común de los brasileños lo condenaron como un despilfarro, en lugar de combatir la desigualdad que no paró en la lucha contra el hambre sostenida por el gobierno de Lula.

Pero, en América Latina, Argentina es la que sufre más con una devaluación del 18,68 por ciento, que ha sido contrarrestada por un ascenso del 11,64 por ciento en la Bolsa de Buenos Aires. En Colombia, los analistas oficiales y privados no parecen todavía afectarse con las turbulencias de sus vecinos, ni alarmarse del todo con la caída de la bolsa en el corriente mes que llegó a -9,37 por ciento.

El Ministerio de Hacienda y Crédito Público no pronostica a cuánto crecerá la economía, pero otros dicen que será a una tasa inferior al 4,5 por ciento que se obtuviera en 2013. Todos miran a China, porque si esta cae en una recesión, los precios del petróleo descenderán, pues el 70 por ciento de las exportaciones del país resulta de las ventas del crudo y de carbón. La nación cafetera, que lo fue antaño, ha sido pulverizada en la apertura, y otros fenómenos concomitantes. Las exportaciones por este rubro alcanzan el 3 por ciento.

De ese modo se empieza a recuperar la perspectiva de lo común por los de abajo, incluidos los millones de consumidores que son más afectados por la destorcida económica. Pero lo común ha permanecido desarticulado, dividido por la pareja privado-público, que utiliza lo público para lucrarse de él privadamente, durante la pesadilla de la apertura.

El viraje se propone ahora con más ahínco, y La Habana es una importante caja de resonancia, porque allí confluyen la Celac y la continuación de la negociación de paz para Colombia, después de que la II Cumbre finaliza. Sin recurrir al inmediato uso de la violencia en gran o selectiva escala, o a un nuevo ciclo de revoluciones armadas, como proclamaba Ernesto Guevara, cuando Cuba fue expulsada de la OEA. La nueva organización permite al presidente Raúl Castro la revancha internacional, a la vez que ayuda a abrir una ventana de esperanza a los países más débiles en el desconcierto de la economía global. Desde La Habana se espera la agonía definitiva de la OEA. Haciendo lucir al gentil gesto del canciller Insulza como un agente de honras mortuorias. A lo cual objeta el departamento de Estado en Washington, reclamando por el expediente de violación de derechos

humanos, que exhibe Cuba, y la poca o ninguna atención que se le brindó a la disidencia de la isla durante la Cumbre.

Lo común, su rescate productivo, es la condición para que salgan del anonimato los grupos y clases subalternas que han elegido y reelegido gobiernos progresistas, es una fórmula inédita, no ensayada todavía por las economías que en América Latina tienen una vocación de izquierda asumida con timidez y reverencia ante los dictados del capitalismo global.

Hoy, con la vieja receta imperialista de la devaluación de sus monedas nacionales, la economía estadounidense impide, obstaculiza, propinar un golpe de Estado imperialista al ritmo interdependiente y autónomo del nuevo sujeto contrahegemónico, cuya acción empieza a fluir a través de canales independientes, construidos con dificultad a partir de los bloques regionales.

Con sigilo, esta iniciativa se abrió paso de modo consecuente, laborioso espacio a la construcción de la más ambiciosa empresa de integración continental, la Celac, que celebró su segunda cumbre. La tercera cumbre se ofició en Costa Rica y se encuentra escogida la sede de la cuarta, será Ecuador, donde Rafael Correa contraviene los designios de presidencialismo imperial estadounidense que persigue a Julian Assange, el fundador de *WikiLeaks*, que puso en ascuas la soberanía de la gran potencia con pies de barro en las redes sociales.

La Celac sobrevive a la muerte de su artífice principal, el comandante y presidente Hugo Chávez Frías, quien realizó, a su modo, el sueño bolivariano. Para alcanzarlo empleó la bonanza de la renta petrolera, soldando los lazos continentales y salvando, a la vez, la independencia de Cuba de una caída inminente. Más aún, haciéndola un jugador internacional. Al mismo tiempo, en ese laboratorio, Chávez procesó y publicitó la experiencia del socialismo. En diálogo fraterno con Fidel y Raúl Castro, elaboró el viraje que llamó “Socialismo del siglo XXI”.

Antes de morir, Chávez resolvió también el problema de la sucesión política, dejando como heredero a Nicolás Maduro, un extrabajador del transporte público caraqueño, quien después de derrotar al candidato opositor por un estrecho margen, enfrenta juntas la destorcida económica y la inseguridad ciudadana. Después de 16 años de hegemonía chavista con anclaje en las bases populares, cuyo empoderamiento vive la máxima prueba ahora.

La integración plural de América Latina, sin Estados Unidos ni Canadá, fue el más intuitivo y fundamental logro de la diplomacia de los subalternos. Chávez y Castro fueron los arquitectos de esta integración plural, del Río Grande para abajo, donde el profundo Sur se levanta como protagonista en el tercer milenio. Conseguido este proyecto bolivariano continental con el decidido respaldo de las multitudes, y mediando una escisión al interior de las fuerzas armadas, que proyectó la figura del teniente Diosdado Cabello. Así,

se unieron poder militar y ciudadano desde abajo, en una combinación que ha durado y precavido golpes en otras latitudes, con las excepciones de Honduras y Paraguay, donde los presidentes Zelaya y Lugo fueron depuestos por un congreso adverso.

Venezuela impidió repetir el desastre vivido en Chile con el derrocamiento de Salvador Allende, fraguado con el apoyo de Nixon y Kissinger. El colapso de aquel ensayo socialista adoptado en las urnas, dio paso al experimento multivariado del tercer milenio en América Latina: el “Socialismo del siglo XXI”, con el cobijo del patriarca del socialismo en un solo país, el longevo Fidel Castro. Él dicta cátedra política a pesar de la edad, y sobre todo, a pesar del asedio del bloqueo practicado por el gobierno estadounidense, que viola con descarado cinismo los derechos humanos en el enclave de Guantánamo. El pretexto de la “guerra justa” contra el terrorismo global, después que sufrió la agresión del 11 de septiembre de 2002.

La reacción de la República imperial y la multitud

Dos características de la multitud hacen especialmente clara su contribución a la posibilidad de democracia hoy. La primera podría llamarse su aspecto “económico”, excepto que la separación de la economía de otros dominios sociales rápidamente se derrumba aquí. En tanto la multitud no es una identidad (como el pueblo) ni uniforme (como las masas), las diferencias internas de la multitud tienen que descubrir lo común que les permite comunicarse y actuar conjuntamente. Lo común que compartimos, de hecho, no es tanto lo descubierto como lo producido

Hardt y Negri (2000).

En breve, el cambio de paradigma es definido, al menos inicialmente, por el reconocimiento que solo un poder establecido, sobredeterminado con respecto a uno relativamente autónomo de los Estados-nación soberanos, es capaz de funcionar como el centro del nuevo orden mundial, ejerciendo sobre este una efectiva regulación y, cuando sea necesario, coerción

Hardt y Negri (2000: 14-15).

La primavera democrática de América Latina, y en particular la subregión suramericana, empieza a tener serios aprietos en lo económico. Por lo ya visto, no solo afecta a los llamados países emergentes de primer orden, como Brasil, y de segundo nivel como Colombia, que está sujeta al extractivismo minero-energético.

Estas economías en desarrollo y expansión no suficientemente diversificadas, están afectadas antes y ahora por el movimiento de los capitales transnacionales golondrinos, así como por la caída en el precio de las materias primas, y la baja en su demanda. Todo lo cual conduce a su consiguiente declive coyuntural, como a su ilusoria prosperidad inmediatamente anterior.

Sin embargo, la crónica crisis del capitalismo global, que ha experimentado una onda larga recesiva, que empezó a estudiar el economista marxista Ernest Mandel durante la crisis de los años setenta, aguijonea nuestras mentes, porque sus breves recuperaciones devienen en especulaciones con una recurrencia que por momentos pareciera tener un carácter irreversible.

Las innovaciones, las revoluciones tecnológicas, no alteran el círculo recesivo que contagia al capitalismo global. Por el contrario, ponen en entredicho el saber de J. M. Keynes y Joseph Schumpeter. Así, vuelve estar al alza el pensamiento de Karl Marx, y es moda su crítica de la economía política capitalista, que vuelve a releerse desde Alemania hasta el Japón.

El resultado es la nueva situación donde América Latina adquiere peso, en paralelo con la celebración del Foro de Davos, el club en que se reúnen los grandes potentados y su cohorte de intelectuales. A la vez se ha rearticulado la dimensión teórica y práctica que marcó al mundo moderno, las relaciones internacionales y el sistema internacional de los Estados-nación.

Va quedando atrás el intento de ordenar los asuntos humanos insertando a la forma Estado, a su pluralidad, en un sistema internacional que fue creciendo y desarrollándose a partir de 1648. A la nueva estrella de la dominación que se levanta en el horizonte, Hardt y Negri (2000) la denominan un nuevo modo de soberanía, el Imperio, un poder global reticular que afecta todos los horizontes de sentido, sobredetermina el quehacer de los Estados desde una forma de gobierno mixto planetario, y es resistido en todas partes, en una ecuación transversal, diseminada, cuyos extremos son la democracia y la guerra.

Con esta ecuación, dicen los mismos Hardt y Negri (2000: 361) es que “el tejido ontológico del Imperio es construido por la actividad más allá de toda medida de la multitud y sus poderes virtuales. Estos poderes virtuales, constituyentes están en interminable conflicto con el poder constituido del Imperio”. La multitud como sujeto político plural, de alcance planetario, resiste en un sinfín de luchas democráticas. De ellas forman parte los combates por la paz, que libran la ciudadanía y los grupos subalternos, como la creación de la Celac, aunque sean los Estados la forma política predominante.

En materia de pensamiento de ruptura, este antagonismo entre multitud e imperio, hace posible el despliegue de la ontología del sujeto subalterno en procura de una autonomía radical, elaborando una perspectiva teórica para la lucha contrahegemónica de carácter democrático que atraviesa a todos los Estados, y aparece en todos los espacios como

una siempreviva. Este pensamiento de ruptura se bate entonces, en “el reconocimiento conceptual de la producción y reproducción de la realidad política que es constituida por el movimiento del deseo y la realización práctica del trabajo como valor” (Hardt y Negri, 2000: 362).

Esta concreción de la filosofía de la praxis, la dimensión espacial de esta ontología materialista, que incluye por supuesto los aportes del filósofo Gilles Deleuze, “es demostrada a través de los procesos concretos de globalización de la multitud, o el hacerse común, del deseo de una comunidad humana” (Hardt y Negri, 2000: 362).

De un sistema internacional a un orden político global de excepción

El sistema internacional obtuvo un punto de consolidación relativa en 1945, después de la creación de la Sociedad de las Naciones, con el protagonismo de la gran potencia norteamericana, y su líder político Woodrow Wilson. Aquella Sociedad se hundió en la vorágine de la guerra interimperialista. La movilización general pensada por el ensayista y novelista Ernst Jünger se cerró con la carnicería europea y asiática de la Primera Guerra Mundial, donde millones murieron en la intonsa y tenebrosa guerra de las trincheras.

Superada la depresión capitalista y la puesta en situación de los “totalitarismos” que pensó exiliada Hannah Arendt, y que consumieron las energías del reformador Franklin D. Roosevelt, apoyado por su vicepresidente, Henry Wallace, la reforma social en curso fue molida por la bomba atómica. Pulverizó el liderazgo moral de la gran nación norteamericana. Vino después un florecimiento tardío de la democracia liberal, que se tradujo en la creación de la ONU, la bipolaridad capitalismo-socialismo, y la llamada anarquía en el sistema internacional que teorizó el internacionalista Kenneth Waltz.

Después, el llamado mundo libre y su contraparte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) experimentaron una expansión en sus complejos militar-industriales, empujados por la “local carrera espacial”, que dejó exhausta a la economía soviética, hasta que la crisis del petróleo puso un final a la convertibilidad del dólar. Y Vietnam trazó un límite al imperialismo como forma de gobernar el mundo posmoderno.

Emergió también identidad y peso específico a una contratendencia creadora, la condenada “plaga democrática” de la ingobernabilidad, que fue el nombre que se le dio a la autonomía obrera y a la autogestión. Y consternó al mandarinato internacional que presidían Samuel P. Huntington, Michel Crozier y Watanuki, como representantes de la trilogía capitalista asentada en tres continentes.

Los subalternos hacían presencia autónoma en el nuevo mundo de la posguerra y se sacudían de los grillos de la sociedad disciplinaria y de control. En América Latina era Chile un ejemplo elocuente de la presencia subalterna en el gobierno de la nación austral. Uno

de los arúspices del nuevo tiempo, Michel Foucault, diagnosticó la razón de ser de tal descontento, transcurrida más de una treintena de años, cuando Sigmund Freud se atrevió a escribir el celebrado ensayo *El malestar de la cultura*. Pero él lo hizo viendo a Francia desde Túnez, cuando estalló mayo del 68.

En la Perestroika neoliberal no tuvieron asiento, mucho menos cabida, los líderes del avejentado mundo socialista ni los actores principales del bloque fluido, casi líquido, de los llamados países no alineados, que dispuestos a intentar, no sin timideces, una tercera vía por fuera de la lógica excluyente y asfixiante de un mundo político bipolar, quedaron atrapados en la economía capitalista, en sus más perniciosas manifestaciones. Yugoslavia, Ghana y Egipto fueron muestras de ese raído gabán, donde los autoritarismos no garantizaron condiciones de efectivo autogobierno, cuando menos, de los subalternos.

Después se ha vivido la caída en desgracia de la sabiduría neoliberal, con la hoguera de las ilusiones de 2008. Ella puso las cosas en su sitio, con la explosión de la burbuja especulativa, desinflada por el pinchazo de la quiebra espectacular de Lehman Brothers, que dejó en la calle a millares de estadounidenses, contaminados por las hipotecas basuras y la ilusión de tener casa por doquier.

La novedad de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños

Ahora experimentamos la presencia de un sistema global, en el cual confluyen los Estados-nación, los organismos con jurisdicción planetaria o cuasiplanetaria; los grandes conglomerados transnacionales y un conjunto de organizaciones político-económicas regionales. La más reciente es la Celac que agrupa a todos los países del continente americano menos Estados Unidos y Canadá.

La presencia de la Celac se asume como el eje principal de nuestra reflexión sobre este tránsito epocal. Desde aquella presencia queremos aprehender el escenario de las relaciones globales, y lo que estas implican para el subcontinente en el mundo del que somos coetáneos. Además, de modo particular, queremos fijar la atención en Colombia, que es uno de los actores en esta emergencia subcontinental en la escena política global. El país es parte que se reconoce dentro de las llamadas economías emergentes de segundo nivel, en donde se alinea junto con Chile y Perú.

De algún modo, Colombia cambió en más de una década, la que se extiende entre los años 1999 y 2010. Era un contrapeso en la balanza, enfrentada a las transformaciones centro y suramericanas cuyos gobiernos y sociedades realizan un viraje hacia la izquierda para contrarrestar el paso devastador del pensamiento y la práctica neoliberal a ultranza. Colombia obró como una suerte de centinela y mejor socio político del presidencialismo imperial estadounidense.

La bisagra que conectó a las dos naciones no fue otra que el Plan Colombia (y sus cambiantes secuelas) que obra como acuerdo contrainsurgente para dobligar las resistencias armadas de los subalternos asentados, principalmente, en el campo. Desarrollando acciones político-militares de alto impacto, en particular, las Farc-EP, que las puso en la mesa de negociación con el Gobierno del presidente Andrés Pastrana. Hasta que la paz se hundió en un conjunto de reivindicaciones sociales y económicas que hacían indeseable cualquier acuerdo de parte del bloque dominante.

Se quería una paz a bajo costo con la insurgencia subalterna, y al no producirse ni la cooptación o el transformismo, el desenlace fue el lanzamiento de la guerra como principal estrategia política para someter en sus trincheras y casamatas a la insurgencia. Esta operación escaló al máximo durante las dos administraciones del expresidente Álvaro Uribe Vélez, que anunció con el Plan Patriota, una ofensiva militar y policial sin precedentes, que dobligaría a la guerrilla de las Farc-EP, cuyas bases cardinales de apoyo y retaguardia estratégica se encuentran en el profundo Sur.

Después de ocho años, con la notable alianza de los gobiernos estadounidense y colombiano, no hubo parte de victoria. Y la siguiente acción fue, con un nuevo presidente, Juan Manuel Santos, el ensayo de una cuarta ronda de negociaciones de paz, que se extienden hasta hoy promisoriamente. La sede de este nuevo intento es La Habana, donde las respectivas delegaciones de gobierno e insurgencia, avanzan en el desarrollo de una agenda común.

¿Un escenario de construcción de lo común?

La posición nacional de Cuba con relación a la OEA permanece invariable. No volveremos a ella

Bruno Rodríguez.

Para el evento inaugural de la Celac se presentaron 33 presidentes y representantes de los países que la integran. Ocurría después de medio siglo, cuando el nuevo poder socialista de la isla, representado por su canciller, Ernesto “Che” Guevara, fue notificado de la expulsión de Cuba del seno de la OEA, en la VIII Cumbre en Punta del Este en 1962. La razón, un rechazo al marxismo-leninismo que enarbolaba el máximo líder, Fidel Castro Rus, y las acciones de nacionalización y salida de los intereses estadounidenses de la isla. El único país que votó en contra de la expulsión fue México, y se abstuvieron Bolivia, Chile, Argentina, Ecuador y Brasil.

Un año antes, en 1961, el presidente de Colombia, Alberto Lleras Camargo, peón de brega del orden que presidían los Estados Unidos en el continente, y quien había sido el primer presidente de la OEA, rompía relaciones con Cuba, que existían desde el año 1902. Esto es desde los tiempos de la Enmienda Platt, aprobada por Cuba para recuperar su soberanía, el 8 de junio de 1901.

La acusación de Colombia contra Cuba fue la presencia de armas traídas desde este país para apoyar y pertrechar a la naciente guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN). En el continente no hacían oídos sordos a la proclama del “Che”, quien incitaba a los pueblos oprimidos de la tierra, a crear Vietnams en todos los puntos de conflicto con el imperialismo impuesto bajo la égida estadounidense.

En 1975 se restablecieron las relaciones diplomáticas con el presidente Alfonso López Michelsen. Este había sido un aguerrido animador del Movimiento Revolucionario Liberal, quien viró para pactar con el presidente liberal Carlos Lleras Restrepo, de quien fue su canciller estrella.

El orden mundial vivía grandes movidas estratégicas. La principal de ellas, el acuerdo diplomático entre China y Estados Unidos, que realizaron Richard Nixon y Henry Kissinger con la China de Mao, luego de la derrota en Indochina. Mientras que, por otra parte, se financiaba el golpe de Estado en Chile, sacando al socialista Salvador Allende, asegurando su retaguardia estratégica. Flexibilizando las relaciones con Asia y poniendo pies de hierro sobre los arrestos de democracia e independencia que tomaban cuerpo y momento en el subcontinente americano, ahogándolos con dictaduras a partir de 1973.

Los años ochenta son los del impulso al neoliberalismo que enraíza primero, en Chile y luego en Bolivia, y de ahí cubre, progresivamente a América Latina. Empieza el tránsito lento de las dictaduras militares a gobiernos civiles con mínimos de democracia liberal. Después se produce el intento de reforma en la Unión Soviética, y la caída del muro de Berlín en 1989. América Latina contabiliza una década perdida en su haber, casi sin excepción.

En Colombia, hay un proliferar del narcotráfico en medio de la miseria del campo, y en esa trinchera agraria se hicieron fuertes los subalternos que resisten bajo formas insurreccionales. Se ensaya un proceso de paz, que culmina con la reintegración a la vida civil, la dejación de las armas sin rendición por parte del M-19 y destacamentos guerrilleros menores. Todos serán activos en la experiencia política de una nueva Constitución que reemplazó al orden centenario de 1886. Allí queda consagrada la preocupación por articular al país con los procesos de integración latinoamericana, los cuales en lugar de prosperar se deterioran hasta 1999.

Con la caída del bloque soviético, los procesos de integración de América Latina adquieren nuevos dinamismos, y el Mercosur atiende a los dictados estratégicos de sus dos socios principales, Brasil y Argentina. Mientras la Comunidad Andina (CAN) se

marchita, por la imposibilidad de integrar efectivamente economías poco diversificadas. En Venezuela, luego de la debacle económica guiada por Carlos Andrés Pérez, se abonó el terreno para un gran viraje, que después de una intentona golpista después del Caracazo, condujo al gobierno del país al militar que comandó aquella operación fallida, Hugo Chávez.

Colombia, su vecina más activa en materia económica, vivió a finales de los noventa, un nuevo intento de hacer la paz con las Farc-EP, que se quebró en el año 2001, dándole paso a una guerra abierta contra la insurrección armada, que utilizó las fronteras como resguardo y retaguardia. Durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, se buscó el apoyo de Hugo Chávez para coordinar acciones de paz con la guerrilla en medio de las hostilidades. Estas terminaron con el intempestivo apartamiento de Chávez de aquel proceso por decisión expresa de Uribe.

Durante dos períodos presidenciales seguidos, la confrontación verbal y la ruptura de relaciones aislaron a Colombia de dos vecinos principales, Venezuela y Ecuador, donde hubo incluso una acción en territorio de este país para dar de baja a un jefe guerrillero responsable diplomático de las Farc-EP.

En el entretanto Hugo Chávez y los gobiernos de izquierda en Suramérica y Centroamérica dan apoyo a las iniciativas reformadoras del escenario regional. Estas son el caldo de cultivo para un proceso más ambicioso de integración continental. En él confluye la producción de lo común, en contrapunto abierto con la diplomacia norteamericana.

Desde la doctrina bolivariana, y recordando los tiempos de James Monroe, Hugo Chávez logra en la Declaración de Caracas, darle sustento a lo que será la Celac, que se transforma ahora en el pivote que coloca a América Latina como protagonista autónomo en el ajedrez global. Es un tiempo histórico que autoriza la presencia y validez de un pensamiento de ruptura, en el que hasta el propio establecimiento colombiano dirige su mirada hacia La Habana.

Ya no sigue la doctrina del *respice polum*, que había proclamado el presidente conservador Marco Fidel Suárez durante los inicios del siglo XX, para la diplomacia colombiana. Tal fórmula cedía antes las ejecutorias de la administración de Belisario Betancur en la guerra centroamericana. Había aires de reforma en la política exterior colombiana, protagonismo y relevancia internacional en Contadora, pero esos avances se hundieron en la tragedia/masacre del Palacio de Justicia.

Después el rumbo de Colombia fue errático en el escenario latinoamericano y durante las guerras del narcotráfico, la alianza con Estados Unidos se reforzó hasta suscribir el Plan Colombia, que se transformó de un supuesto Plan Marshall para rescatar al país afectado por una severa recesión a un plan contrainsurgente de intervención, con los imperativos de la “guerra justa” contra el terrorismo. Así permaneció hasta el Plan Consolidación, que buscó “limpiar” al territorio nacional de la narcoguerrilla.

Ahora, derrotada la segunda reelección de Uribe, y con la presidencia de Juan Manuel Santos (su exministro de defensa), la paz con las Farc-EP ha vuelto a ganar momento; y el propio presidente Santos llamó a Chávez en vida, su “nuevo mejor amigo”. El otro, sobreentendido, mejor amigo, es el mandatario de los Estados Unidos, que permitió las operaciones más audaces emprendidas contra las Farc-EP, y para liberar a los secuestrados, incluidos los tres norteamericanos mercenarios, y la excandidata presidencial, Ingrid Betancourt, donde no se tuvo la menor consideración con el derecho internacional humanitario.

Santos en el 2014 se movió entre los dos mundos encontrados en la escena global, La Habana y Davos, en una misma semana. Por lo cual, no hay duda, el bloque de poder que rige los destinos de Colombia no puede ignorar más el papel protagónico que viene ganando América Latina en el campo mundial, y el avance democratizador, cuando menos, que tal situación entraña.

Decolonialidad y subalternidad se juntan con el pensamiento visionario de Simón Bolívar, José Martí y tantos otros que se jugaron y juegan por un pensamiento propio a todos los niveles. Las lecciones de cuando menos dos colombianos, Orlando Fals Borda y Estanislao Zuleta, se pondrán de moda hoy más que nunca, cuando la democracia, la igualdad social y la proyección protagónica de las multitudes demandando autonomía no paran, dentro y afuera de las fronteras.

Referencias bibliográficas

- Bolívar, S. (1815). *Carta de Jamaica*.
- García, Á. (2009). Pensando Bolivia entre dos siglos. En: *La potencia plebeya*. 2ª edición. La Paz: Clacso.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000). Preface: Life in common. En: *Multitude*. Traducción libre.
- Jalil, M. (2014). Economista jefe del Citibank para Colombia y Venezuela. *Economía Global*, 2(2), p. 3.
- Maquiavelo, N. (2005). *El príncipe*. Buenos Aires: Quadrata.
- Žižek, S. (2002). *Žižek on Lenin*. Londres: Verso.